

A propósito de dos nuevos libros de viajes

Jorge CONDE LÓPEZ

Manuel DE LOPE. *Iberia*. V. I: La puerta iluminada. V. II: La imagen múltiple. Barcelona: Debate, 2005. ISBN: 84-8306-529-0 (V. I). ISBN: 84-8306-622-X (V. II).

Antonio FERRÉS, Armando LÓPEZ SALINAS. *Caminando por Las Hurdes*. Madrid. Gadir, 2006. ISBN: 84-9347-481-9.

El viaje y los motivos que inducen a viajar han variado a lo largo de los siglos dependiendo de modas, intereses o necesidades. Una de las mayores aspiraciones del hombre a lo largo de la historia ha sido poder viajar y hoy ya han quedado atrás los tiempos en que casi todo el mundo vivía y moría sin conocer más que su región, si no era por acontecimientos extraordinarios o levadas militares —la guerra es también una forma de viajar.

A tal extremo, que Jean Didier Urbain en su libro *l'idiot de voyage* contrasta la diferencia entre el turista y el viajero. Son cosas diferentes. Y la diferencia no es de naturaleza, sino de grado. Viajar hoy ya no es algo reservado a unos cuantos: meros desplazamientos de masas típicos del siglo xx, el *bronzer idiot* de temporada... Sólo aquellos que textualizan su aventura son los que realmente viajan.

Los libros de viajes son un subgénero de la narrativa que existe desde antiguo y que a lo largo de los siglos ha ido evolucionando. A través de ellos podemos conocer desde muy diversos puntos de vista el devenir histórico, social o cultural de los lugares visitados —físicos o imaginarios—, así como la personalidad de sus autores y la peripecia de sus viajes.

Hasta llegar al siglo xx no son pocos los libros que dejan una marca profunda de quienes, especialmente desde el siglo xviii, viajan según el modelo establecido por Jean Jacques Rousseau en *Émile ou de la education*; o sea, viajes de

instrucción. Théophile Gautier: *Voyage en Espagne* (1888); Richard Ford: *Cosas de España* (1846); Edmundo de Amicis: *Colección de viajes por los pueblos de raza española* (1884) y *España: Impresiones de un viaje hecho durante el reinado de D. Amadeo I* (1899); Antonio Ponz: *Viaje de España* (1774-1794). O los retazos pergeñados sobre nuestro país por Giacomo Casanova, Saint-Simon o Simone de Beauvoir de un modo más fragmentario.

Siguiendo esta argumentación viene fácilmente a la memoria el magnífico libro de George Borrow, *La biblia en España: viajes, aventuras y prisiones de un inglés en su intento de difundir las escrituras por la Península* (1842)¹. Borrow, británico (East Dereham, 1803-Oulton, 1881), es seguramente uno de los escritores que más ha contribuido a formar el canon de la imagen romántica de España. En nuestro país desde 1835 a 1840 como *colportor* (difusor de biblias protestantes) de la Bible Society, recorre diversas regiones; una vez en Madrid, mandó imprimir el Nuevo Testamento traducido por el padre Felipe Scío de San Miguel descargado de notas, tradujo e imprimió el Evangelio de Lucas al caló y abrió una librería en la calle del Príncipe con el rótulo de «Despacho de la Sociedad Bíblica y Extranjera»; actividades que condujeron a don Jorgito (así se le conoce popularmente en Madrid) a dar con sus huesos en la cárcel. Toda esta experiencia le inspirará su popular *Biblia*, en que se retrata la España oficial y popular de aquel tiempo, reaccionaria y clerical la primera, castiza y espontánea la segunda, en un relato pintoresco de sus viajes y aventuras. El libro, que se lee en realidad como una novela o libro de aventuras, es excelente —uno de los mejores libros de viajes publicados en inglés, que luego será traducido al español en 1921— y contribuyó a promover una imagen medievalizada de España en la Europa del Romanticismo (Prosper Mérimée escribió *Carmen* inspirado en un personaje de este libro, que sirvió para constuir la figura de don José).

Sin duda Georges Borrow es la disculpa más cercana que se pudiera encontrar para glosar dos libros de viajes de reciente aparición y que recuperan la costumbre del relato de viajes por España, que siempre ha contado con lectores fieles: el deseo de conocer el país busca esa mirada múltiple y ajena para escapar al propio ensimismamiento. Dos libros que podríamos llamar de lectura obligada.

¹ Editada originalmente con el título *The Bible in Spain: or the journeys, adventures and imprisonments of an englishman, in an attempt to circulate the Scriptures in the Peninsula*, la edición más reciente en español es la de Alianza Editorial (2003).

En *Iberia: la puerta iluminada e Iberia: la imagen múltiple* (Debate, 2005. 2 vols.), Manuel Lope propone un viaje literario con un recorrido reflexivo y una inteligente mirada por rincones, pueblos y paisajes de España. El objetivo de este recorrido no es otro que, en palabras de su autor, «proporcionar una visión concreta de España entre los dos siglos».

El escritor viajero lleva a cabo, pues, una pausada andadura con la mirada de quien se deja llevar, sin prejuicios ni clichés, por la realidad física y humana que se encuentra a su paso, dejando en el camino un retrato de enorme fuerza expresiva de cada comunidad autónoma y ofreciendo al mismo tiempo información minuciosa que es imprescindible para el conocimiento de la geografía y la esencia del paisaje recorrido. Una especie de dietario sobre las diferentes formas de aproximación geográfica, mental y emocional a España. Al adentrarse en este libro, ya se trate de atravesar un páramo castellano, una cuenca minera leonesa o el Ampurdán de Gerona, el lector encontrará una invitación al placer del viaje, el goce de la lectura y a sumergirse en otra forma de comprender y concebir España, sus tierras y sus costumbres, a través de una escritura incisiva y evocadora.

Caminando por las Hurdes (Gádir, 2006) es uno de esos libros que, como señala María Toledano, «pese a la voracidad del mercado, no se los lleva el tiempo. O se los lleva lejos y, por azares de la vida, los devuelve vestidos de azul domingo (...) libros que existen en la memoria, andan agazapados, temerosos y reaparecen de vez en cuando, al doblar una esquina de la vida, como si hubiesen estado todo el tiempo ahí». El libro es una invitación a pensar en lo que fuimos y una línea recta que, a través del realismo social, vaguadas, pedregales y barrancas, entronca con una mirada frente al espejo de nuestras propias contradicciones.

El camino que andan sus autores: Antonio Ferres y Armando López Salinas, ha cambiado y las gentes que quedan a sus márgenes son distintas. Muy distintas a las de 1960, cuando se edita originalmente el volumen, y a las que antes contemplaron la amplia estela de viajeros por las Hurdes (Jurdes): Miguel de Unamuno, el doctor Marañón junto al rey Alfonso XIII, Mauricio Legendre, Luis Buñuel...

Unamuno entra en Las Hurdes a través de Casar de Palomero, desde Extremadura, acompañado de Mauricio Legendre y Jacques Chavalier en el verano de 1914 y dejará este viaje reflejado en su libro *Las Hurdes* (1914): «Si en todas

partes del mundo el hombre es hijo de la tierra, en Las Hurdes la tierra es hija de los hombres...», «miren ustedes que allí no hay nada ¡ni pan!, y el buen fondista bejarano quería cargarnos de vituallas. Pero algo comerá allí la gente... decía yo. Sí; patatas asadas entre dos piedras...», o las quejas: «por aquí debía de venir el rey a comer lo que comemos, decía una mujer que si no era vieja, lo parecía...».

Mauricio Legendre dejará reflejo de su visita en una tesis doctoral de más de 1.200 páginas: *Las Hurdes: Étude de géographie humaine* (1927) a medio camino entre la antropología social y la geografía humana, y que en buena medida inspirará el posterior trabajo del cineasta Buñuel.

Gregorio Marañón, cuyas notas manuscritas inéditas tomadas durante el viaje que realizó en abril de 1922 junto con el rey Alfonso XIII se publican como *Viaje a las Hurdes* (1994), no deja indiferente cuando nos describe en sucintos apuntes lo que los cronistas de 1922 llaman «un Tibet hispánico»: «sobre esta región se ha escrito y se ha hablado mucho por viajeros y escritores y se ha revestido de apariencias pintorescas lo que, en realidad, no es más que un caso de espantosa miseria colectiva tal, que quizá no tenga par en ninguna otra nación civilizada...» o su diagnóstico: «se trata de hambre aguda». Resultado de este viaje será la creación de un Patronato que introdujo en la región algunas mejoras y anunció otras que quedaron en mero proyecto.

Buñuel, ya lo hemos dicho, apenas va a hacer otra cosa sino poner imagen a la realidad trágica de Las Hurdes con su célebre documental *Las Hurdes/Tierra sin pan*. Es una mirada insobornable y asombrada que escoge la realidad como excusa para enfatizar la verdad —la tragedia— como sólo la mirada de un extraño puede hacerlo.

En 1958 Las Hurdes es aún una región extremadamente atrasada más cerca a la exclamación que José María Gabriel y Galán lanza a inicios del siglo XX: «Yo les pido dos limosnas para ellos/as los hijos de mi patria. ¡Pan de trigo para el hambre de los cuerpos! ¡Pan de ideas para el hambre de las almas!» que a lo que es hoy. Es en ese año cuando Ferres y López Salinas se adentran en sus caminos para después transcribir en forma de crónica y con carácter testimonial, en la estela de Unamuno y Buñuel, el atraso de esa comarca: «el atraso de Las Hurdes no ha terminado. En nuestro entender, el problema de esa pequeña comarca está tan pegado a su miserable tierra que ni el Patronato de Las Hurdes, ni todas las instituciones creadas con tan noble propósito, pueden resolver (...) el

con objeto de conseguir una relativa seguridad en el cumplimiento de los viajes comerciales a Guinea.

LA EXPEDICIÓN COMERCIAL A GUINEA DEL AÑO 1478

Pérez Embid destaca, siguiendo las fuentes, varias expediciones comerciales que salen de los puertos andaluces, teniendo como centro Sevilla²⁸. Nos interesa, de todas ellas, una gran expedición comercial que, en dicho año, y ordenada por la misma Reina, se dirige a Guinea. La noticia de esta expedición la toma Pérez Embid del cronista y secretario de los Reyes Católicos, Hernando del Pulgar, en el capítulo de su *Crónica*²⁹ dedicado a «la armada que se hizo por mar para conquistar las tierras de la gran canaria». Al final de este capítulo en que se da cuenta de la expedición al mando de Pedro de Vera, inserta la noticia que a nosotros nos interesa de un modo particular: «Asi mesmo en aquellos dias partieron de la ciudad de Sevilla y de los otros puertos de mar de Andaluzia hasta treynta y cinco caravelas, para la mina de oro: en las quales yvan muchos mercaderes y personas que se sentían dispuestos a sufrir el largo camino de la mar, y las dolencias que se recrecian en aquella tierra. Los quales lleuauan cargadas las naos de aquellas ropas viejas, y conchas, y almirezes, y manillas de latón, y de las otras cosas que eran demandadas por las gentes que en aquellas tierras moraban. Y enviaron el rey e la reina en aquella flota por capitan un cauallero que se llamaba Pedro de Couides, a quien mandaron que obedeciessen todas las gentes y mercaderes que yvan en aquella flota. Y todo el oro que se traya de aquella tierra, el rey y la reyna auian la quinta parte: de lo qual auian gran renta»³⁰.

Así pues, en plena guerra con Portugal, parte de Sevilla una expedición para «rescatar» oro que llegaba a Guinea desde el Sudán, por medio de caravanas, si-

²⁸ El doctor Juan Díaz de Alcocer, Contador Mayor de Cuentas, es designado por los Reyes Católicos para que provea los impuestos sobre mercaderías y atendiese a la seguridad de las expediciones. Cfr. PÉREZ EMBID, *Op. cit.* (Sevilla, 1948).

²⁹ *Chronica de los Muy Altos y esclarecidos Reyes Catholicos Don Hernando y Doña Isabel de gloriosa memoria, dirigida a la Catholica Real Magestad del Rey don Philipe nuestro Señor: compuesta que fue en romance por Hernando del Pulgar Chronista de los dichos Reyes Catholicos...* En Zaragoza en casa de Juan Millán, Año 1567.

³⁰ Esta noticia se encuentra en la *Chronica* de Hernando del Pulgar, capítulo XCIII, fol. 72 V. Respecto al espacio temporal que narra el cronista, se confirma el año de la expedición de 1478. Desde el capítulo XCI, los datos que expone pertenecen al año 1479.